

Freilassing

Al comienzo de la Steingasse, en un edificio antiguo con un enorme basamento algo inclinado que crecía de los adoquines de la calzada, había un café muy pequeño con tres mesas en las que no cabían más de tres o cuatro clientes. El café estaba justo enfrente de la salida del cine Lifka pero rara vez se le ocurría a algún visitante del cine dirigir sus pasos directamente hacia él. Antes que desaparecer en uno de los locales de la Steingasse, los espectadores preferían estirar un poco las piernas o cruzar el puente Staatsbrücke para sumirse en la ciudad a la otra orilla. Las mesitas con esquinas redondeadas y escuálidas patas, el tapizado de escay rojo de bancos, sillas y taburetes, y el doble techo con focos redondos le recordaban al joven del que se va a hablar aquí sus primeros años de infancia. También la camarera le parecía una superviviente de aquel tiempo en el que sus tías y las amigas de ellas lo envolvían de cuidados, como en bandada. Calzaba unos zapatos anatómicos que dejaban asomar los dedos y un delantal blanco con puntillas en el que guardaba el monedero de color negro. Casi todos los clientes eran mujeres de su edad, generalmente acudían solas, hojeaban las revistas ilustradas con la cubierta marrón claro del círculo de lectores, fumaban un cigarrillo, cruzaban algunas palabras con la camarera, que era amable con todo el mundo pero no muy locuaz. Propiamente dicho

no había parroquianos, y la camarera no se dirigía a nadie por su nombre, pero algunas caras sí se repetían y una mujer, cuya edad era difícil de precisar porque nunca, ni en verano, se quitaba el gorro de lana, solía pasar toda la tarde en invierno sentada en la mesita triangular cuyo lado más largo casi tocaba el radiador. Tras la barra, junto a la que había cuatro taburetes altos, la pared era un espejo con repisas de cristal, sobre ellas una pila ordenada de vasos y, algo más arriba, algunas botellas que en su mayoría jamás tocaba nadie. El joven, con rasgos todavía algo aniñados, solía tomar un cortado pero a veces, por la noche, bebía también algún Martini. La bebida la había probado aquí por primera vez. "Algo con alcohol", le había dicho a la camarera, "pero que no sea vino ni cerveza". "¿Güisqui?", le preguntó indecisa la camarera, y cuando él siguió sin darle una respuesta, propuso: "¿Qué tal un Martini?". "¿Por qué no?", dijo él por probar. "¿Seco?". Y él asintió apenas con la cabeza. Cuando le trajo el vaso, iba flotando dentro un trocito de cáscara de limón diminuto y de un apagado color amarillo. El joven del que se está hablando aquí (y al que llamaremos K., por la inicial de su nombre de pila, como él mismo hacía en el diario que escribía desde hacía tres años) solía sentarse con un libro en una de las tres mesitas, fumaba, desplegabá el Zeit. A veces se acercaba a la rockola que había en una esquina, seleccionaba una canción titulada *Wild Horses* y escuchaba la voz que se entregaba placentera al juego consigo misma hasta que, al cabo de cinco minutos, volvía a entrar en escena el silencio y con el silencio, los sonidos acostumbrados: el suave chirrido de los zapatos anatómicos, el roce de las páginas de las revistas, el tintineo de los vasos al dejarlos la camarera sobre el anaquel, el rugido de la leche cuando un pequeño tubo la convertía en espuma. K. recordaba la primera vez que compró el Zeit